



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

VISPERAS DE LA INTERVENCION

Algunas reflexiones sobre la paz, por Francisco Xavier Miranda.

El Tratado Mac Lane-Ocampo, por José María Aguirre.

La ley de la tierra.

La esclavitud demagógica, por Francisco Xavier Miranda.

La destrucción de los demagogos, por Leonardo Márquez.

Los males que sufrimos, por Francisco Xavier Miranda.

El pabellón extranjero, por Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Obispo de Puebla.

INTRODUCCION

Miramón puso sitio a Veracruz por segunda vez. Repitió casi todos los pasos que diera en 1859. La situación, sin embargo, no era la misma: en un año, nuevos jefes, hechos en la guerra civil, habían aprendido lo suficiente para no dar cuartel a los militares profesionales. Miramón intensificó el bombardeo sobre el puerto. En marzo, la estación fatídica se aproximaba. El cañoneo, durante seis días, casi destruyó Veracruz. Las familias de los representantes diplomáticos se refugiaron en las embarcaciones. Juárez accedió a la solicitud de Degollado de permitir el paso a las líneas del enemigo al capitán inglés del *Valorous*, para convenir con Miramón en un probable convenio de paz. Miramón respondió con seis proposiciones, "más exageradas e inadmisibles —escribió Degollado a los gobernadores de los Estados— aún que el mismo plan de Tacubaya". El bombardeo prosiguió y vino el episodio de la captura de dos pequeños vapores, equipados y comprados en Cuba: el *Miramón* y el *Marqués de la Habana* —que desembarcaron municiones en Antón Lizardo; vapores sin bandera que incurrieran, por ello, en piratería. El gobierno constitucional pidió al comandante naval norteamericano ayuda para detenerlos, alquilando dos embarcaciones las cuales, precedidas por un navío de los Estados Unidos, enfilaron proa hacia Antón Lizardo y allí, tras un incesante cañoneo, las capturaron, remolcándolas hasta Veracruz. El capitán y la tripulación fueron enviados, presos, a Nueva Orléans. Este suceso ha servido para acusar a Juárez de auspiciador de actos intervencionistas y de algo más, olvidando lo que ocurría en la República para afirmar que de no haber ayudado al gobierno constitucional los buques extranjeros, Miramón habría ocupado Veracruz y exterminado a los liberales, reduciendo así, a la puntería de dos pequeños

vapores, la derrota de los defensores de Veracruz y la lucha que se libraba en todo el país, a los combates en la bahía de aquel puerto. La guerra en el Bajío, en Oaxaca, en el norte, era implacable. Surgían por todos los pueblos, al paso de las tropas rectoras, grupos de liberales que engrosaban las filas constitucionalistas; de esa voluntad era posible que Degollado, primero, González Ortega y Zaragoza, después, improvisaran ejércitos cuando Márquez o Miramón creían haberlos derrotado. No era Veracruz sino la nación, de una parte a otra del territorio, la que estaba en pie de guerra; el vencedor se había ya perfilado: el de la Constitución de 1857. Eran las leyes de la nueva clase social, la burguesía, que apoyada por el pueblo desplazaba históricamente a los residuos coloniales.

La palabra paz, sin embargo, empezó a rodar por cuarteles y despachos. Degollado sería su primera víctima. Hombre íntegro, sin duda alguna fatigado de la crueldad de la guerra, escribió al Encargado de Negocios inglés, en 21 de septiembre, proponiéndole la organización de una junta con los representantes diplomáticos acreditados en México y uno de cada gobierno para convenir en las bases de la *constitución Mexicana*. Degollado escribió a Juárez en 23 del mismo mes y otras cartas a Manuel Doblado y González Ortega. Juárez respondió a Degollado en 4 de octubre, en una epístola en la que el estilo del jurista —preciso en sus términos— no oculta la integridad del gobernante: "...yo no puedo traicionar mis juramentos..." Y enjuició a Degollado. Los jefes militares reprobaron el plan de quien fuera, más que su jefe, su maestro militar. Degollado, al pretender transar con la ración, acaso presintió que su labor había concluido; otros jefes, más aptos, tomaban el mando del ejército popular. Lerdo de Tejada, separado del gobierno, pero en estrecha comunicación con Juárez, también proponía la paz. Ha ocurrido, en todas las revoluciones que se aproximan a su fase victoriosa, que la paz se tienda como un freno ante sus inevitables realizaciones. Juárez, como político, advirtió el rumbo fijo de los hechos: "...todos creen seguro el triunfo de los nuestros..." Y él, el primero de todos.

La paz también resonó entre los conservadores. El más alerta, el de mayor conciencia reaccionaria, el que anudaba los hilos de la conspiración, el infatigable Francisco

Javier Miranda,²⁸⁸ cura del Sagrario de Puebla, escribió su obra más coherente —sus cartas son su verdadera obra política— contra las proposiciones de paz. Con ser un alegato, su librito es más una confesión pública del paso que la reacción, ya derrotada militarmente, habría de dar: promover la intervención europea. La proposición de que partía era simple: México será absorbido por los Estados Unidos; los republicanos, al imitar las instituciones democráticas, caerán a manos de Norteamérica, luego la única manera de evitarlo estaba en destruir la república con la monarquía y apuntalar ésta con el auxilio de Europa; de Europa venía la parte perdurable de nuestra raza, de nuestra lengua, de nuestra religión; Europa, por tanto, tendría que venir en ayuda de los mexicanos. Miranda era persuasivo. En una sólo conversación se ganó a Santa Anna, sin lograr su objeto: separar a Tornel del futuro ministerio de 1853; pudo, si, convencer a Márquez y nadie duda que tiró de las riendas del brioso Miramón. Fue el primero en descubrir, bajo la sonrisa de Maximiliano, la ligereza de su carácter; es probable que advirtiera algún gesto, alguna frase, que delatara su liberalismo que, al fin, decepcionara a los conservadores. ¿Quién era, en realidad, Miranda? Alexis de Gabriac hizo de él un apunte casi novelesco: “Se habla de la defecación del general Parrodi en Guadalajara, de la presencia en México del coronel Osollo y del célebre padre Miranda, autor, jefe y director de todas las conspiraciones desde hace quince meses; siempre perseguido por la policía y nunca detenido; presente en todos los lugares donde lo llama la reacción y sin que pueda ser sorprendido en ninguna parte; disfrazado de general, de coronel, de teniente, de burgués, de lépero; se presenta con todos los

²⁸⁸ Francisco Javier Miranda (Puebla, 2 de diciembre de 1816-Puebla, 7 de mayo de 1864). Cura del Sagrario de Puebla; “ministro” de Justicia y Asuntos Eclesiásticos del Gral. Zuloaga; miembro de la “junta suprema de gobierno”, nombrada por el mariscal Forey, en 18 de junio de 1863. En el *Libro secreto de Maximiliano*, se dice: “Por él (Miranda) se expidió el decreto derogando la ley de manos muertas.” El prebendado Miguel Martínez, en la oración fúnebre que leyera en la Catedral de Puebla en 1864, dijo de Miranda: “...desde 1856, no se pasó día sin que la reacción le debiera algún pensamiento, algún paso o alguna tentativa en perjuicio del gobierno existente... Nadie le igualaba en el fervor infatigable con que arreglaba los hilos de una conspiración o de un pronunciamiento...” (Nota de Angel Pola.)

giros y bajo todas las formas sin tener jamás la que busca la policía. Se acaban de ofrecer veinte mil pesos a quien logre capturarlo y entregarlo.”²³⁴ Y otro apunte:

“Según lo que he podido ver sobre el estado en que se encuentran las conspiraciones de la reacción, parece ser que van progresando. Los conjurados están divididos en grupos de 10 a 12 individuos. La dirección está actualmente en manos del famoso padre Miranda, quien a pesar de la hostilidad de Baz, permanece aún en México. Ignacio Aguilar²³⁵ es su principal corresponsal en el interior...”²³⁶

La paz no podría establecerla la reacción; ella había traído la guerra. La paz —caben aquí las palabras imborrables de Juárez— sólo podría alcanzarla la Reforma.

²³⁴ *Visión francesa*. Ob. cit., p. 357.

²³⁵ Ignacio Aguilar y Marocho (1813-1884), Ministro de Gobernación; Académico de la Lengua.

²³⁶ *Visión francesa*. Ob. cit., p. 419.